

Agua y luna, 1993, collage, 40 x 25 cm.

René Char

Gustaf Sobin

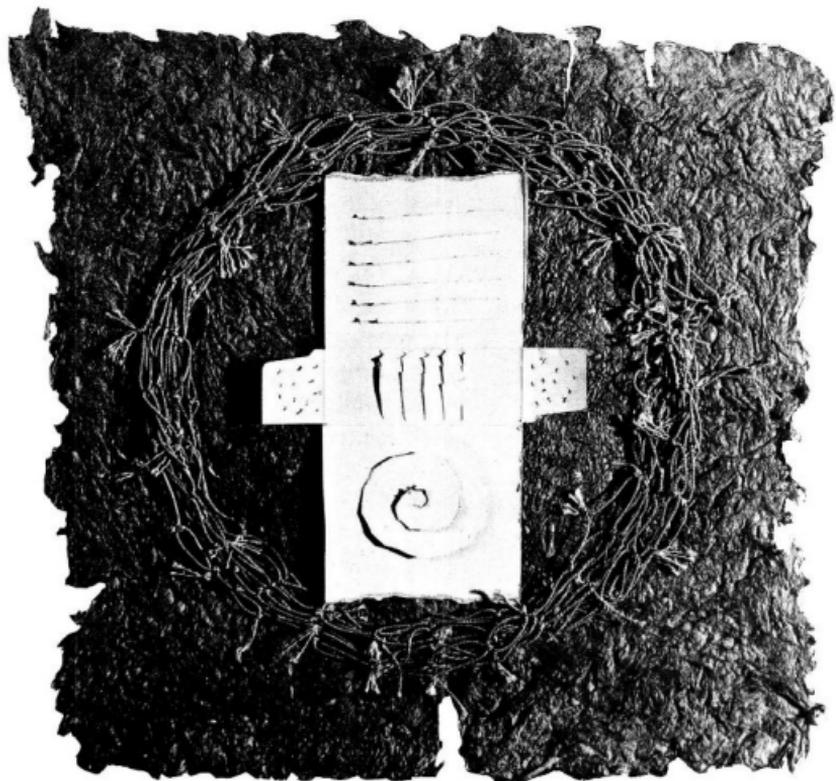
Traducción: Tedi López Mills

Uno puede crecer más a la luz de las expectativas ajenas, ocasionalmente, que a la de las propias. Recuerdo haber crecido, asimilado, refinado mi propia sensibilidad bajo la mirada —tanto de complicidad como paterna— del poeta René Char. Me tomó bajo su protección desde mis primeros meses en Provenza y me dotó (como lo hacía con otras personas, otras cosas) de cualidades exageradas. De estatura imponente, él mismo aumentaba, agrandaba y otorgaba proporciones luminosas a cualquier cosa donde se posaba su atención. Y, de hecho, se posaba virtualmente en todo. Una mariposa podía anunciar una tormenta, así como una brisa el cuerpo de su amada. Su universo era inductivo, lo impelía —alquímicamente— una voluntad irreprimible hacia lo cambiante.

Un joven como yo (tenía 27 años en 1963), recién llegado de los Estados Unidos, tenía todo que aprender. Y en definitiva aprendí. René Char me enseñó, primero, a leer lo particular: que el detalle observado meticulosamente, tomado de la naturaleza, podía proporcionar la clave para las zonas más profundas de lo imaginario. Uno y lo otro, lo visible y lo invisible, no eran más que la otra cara de una sola superficie singular, vibratoria: la del poema mismo. El poema como respuesta, como vector, como vehículo de una afirmación humana irreversible: esto, sin duda, era materia densa para un joven estadounidense, salido de una sociedad (y, por ende, de una lingüística) dominada por la monofonía del yo individual.

El verbo, de repente, ya no reflejaba, sino que se expandía sobre los campos de la experiencia. Ofrecía alternativas. Al rastrear escrupulosamente las trayectorias mismas del deseo, conducía hacia los paisajes sonoros de lo revelador.

Durante veinticinco años, este “ligurino”, como lo llamaba Picasso, este aristócrata rural, tan quijotesco como el rayo y tan meditabundo como los carrizos trensados de su amado Sorgue, se mantuvo vigilante. Me prestó libros, cobijas y dinero cada vez que me hicieron falta. Más aun, mucho más, me enseñó mi oficio. ¿Acaso había percibido en mí algo que yo no había visto? ¿Alguna posibilidad latente? ¿O acaso simplemente había crecido yo dentro del anillo engrandecedor de su hipérbole, en un intento por igualar con palabras lo que su corazón tan generoso había proyectado en las honduras de un *protegé* más que agradecido?



Luna del río, 1995, collage, 40 x 40 cm.